



## El socialismo argentino y el desafío de la democratización<sup>1</sup>

Fernando Manuel Suárez  
(CONICET-UNMdP)

*A mi viejo*

### **Socialismo: una historia de fragmentación y dispersión**

La historia de las izquierdas argentinas tuvo sin dudas al Partido Socialista (PS) como uno de sus actores principales durante la primera mitad del siglo XX. El PS tuvo cierto protagonismo en la naciente democracia argentina, pero signado desde sus orígenes por una recurrente conflictividad interna y cierta tendencia a la fragmentación. Tempranamente el socialismo sufrió el desprendimiento de grupos, corrientes y dirigentes que disintían con la conducción partidaria, que dio lugar a algunas expresiones políticas de corta existencia y a otras de mayor vigencia. Ese proceso de dispersión dio origen, por ejemplo, a la creación del Partido Socialista Internacional (1918) -luego Partido Comunista- y del Partido Socialista Independiente (1927).

El PS adoptó desde su momento fundacional un perfil marcadamente reformista, democrático y liberal, liderado por la figura indiscutible de Juan B. Justo (Portantiero, 1999). Como es bien sabido, el PS sancionó, en simultáneo con su Carta Orgánica y su declaración de principios, un programa mínimo. Este programa reflejaba una propuesta gradualista, compatible con el sistema democrático-liberal y realizable mediante la vía parlamentaria.

<sup>1</sup>Agradezco la atenta lectura, los comentarios y sugerencias de Micaela Iturralde, Marcela Ferrari y Francisco Reyes a este trabajo. Se lo dedico muy especialmente a María Clara Blanco.

Todos esos elementos formaban parte nodal del ideario de Justo, él los había defendido con decisión al interior de la organización frente a otras posiciones adversas y en sintonía con las ideas de otros socialismos europeos cada vez más renuentes a recurrir a las estrategias insurreccionales.

El PS se convirtió rápidamente en una organización vigorosa, pero tuvo grandes dificultades para conformarse como un partido de masas y, más aún, de gobierno. De todas maneras su peso específico fue indiscutible en el panorama de las izquierdas latinoamericanas. Destacado no solo por lo temprano de su fundación, sino también por lo novedoso de sus propuestas programáticas, los aportes teóricos de Juan B. Justo fueron una referencia fundamental para las incipientes izquierdas sudamericanas (Aricó, 1999), así como una versión sumamente novedosa de un socialismo forjado desde un país periférico y que se distanciaba sensiblemente de los planteos de raigambre marxiana.

La emergencia de fenómenos políticos de masas tales como el radicalismo yrigoyenista (Martínez Mazzola, 2008) y el peronismo (Burdman, 2008; Martínez Mazzola, 2012; García Sebastiani, 1997), de difusa adscripción ideológica y un sólido arraigo popular, representaron un durísimo escollo para el desarrollo posterior del socialismo argentino. Su oposición a estos movimientos políticos realzó el cariz liberal-republicano del partido, posición que se fundaba en una controvertida interpretación de estos fenómenos y un rechazo explícito a su idiosincrasia política. El recambio generacional en el PS llevó a la cumbre de la organización al polémico Américo Ghioldi que se consagró como una de las voces más duras contra el peronismo, al que calificaba como una forma vernácula del fascismo (Herrera, 2005).

El retroceso electoral y la agudización de los conflictos internos llevaron a la resonante ruptura de 1958.<sup>2</sup> La escisión que

<sup>2</sup> En la elección presidencial de 1951 la fórmula compuesta por Alfredo Palacios y Américo Ghioldi obtuvo un magro 0,73% de los sufragios (54.950), por debajo incluso del Partido Comunista. Para las elecciones de 1958, con el peronismo proscripto, la fórmula socialista alcanzaría poco menos del 3% (262.369 votos) con la fórmula Alfredo Palacios – Carlos Sánchez Viamonte.

dio luz al Partido Socialista Democrático (PSD) y al Partido Socialista Argentino (PSA) (Tortti, 2005) representó el punto cúlmine de un prolongado ciclo de desavenencias internas y deterioro de la organización partidaria. El PSA dio origen a un conjunto de expresiones más o menos efímeras de la llamada “nueva izquierda” (Tortti, 2009); por su parte, el PSD reforzó su perfil liberal-republicano y antiperonista (Ferreyra, 2012). Lo que quedaba claro, de todas formas, es que los socialismos habían perdido su papel preponderante en el espacio de la izquierda política, de hecho su propio lugar en esa tradición era puesto en cuestión y su papel histórico era fuertemente repudiado por la pujante izquierda nacional que repudiaba su liberalismo y su perspectiva “extranjerizante” (Blanco, 2000:111).

En la etapa de radicalización política que se desató a partir de la década del 60 y en las sucesivas dictaduras de 1966 y 1976 el papel de los agrupamientos identificados con el socialismo reformista quedó desdibujado, marginado electoralmente y entrampado en una coyuntura política hegemonizada por las disputas al interior de un peronismo implosionado. Los restos del otrora Partido Socialista se repartían en organizaciones que, a pesar de reconocerse en una tradición común, disentían en cuestiones sustantivas y tomaban posicionamientos que no podían ser más disímiles. Por ejemplo, mientras que el PSD mantenía su antiperonismo incólume, el recientemente fundado Partido Socialista Popular (PSP)<sup>3</sup> apoyó de manera decidida al gobierno peronista hasta el golpe de Estado que le dio fin en 1976 (Suárez, 2014). Los puntos que aunaban al muy disperso universo del socialismo reformista eran justamente su rechazo terminante a la lucha armada y a las alternativas insurreccionales, aunque eso no

<sup>3</sup> El Partido Socialista Popular fue fundado en 1972 por iniciativa de un grupo de dirigentes del Partido Socialista Argentino, liderados por Víctor García Costa y Jorge Selser, y un conjunto de jóvenes universitarios nucleados en el Movimiento Nacional Reformista (MNR) y el Movimiento de Acción Popular Argentina (MAPA), liderados por Guillermo Estévez Boero. Junto a ellos se alinearon dos agrupaciones menores -el Grupo Evolución y Militancia Popular-, para dar forma al nuevo PSP.

necesariamente representara una adhesión inflexible al régimen democrático.<sup>4</sup>

No abundaremos sobre la experiencia autoritaria inaugurada en 1976, forjada en un marco de profunda violencia y crisis económica. La última dictadura tendría un peso decisivo en la conformación del nuevo escenario político en la Argentina post-83. El resultado de una represión monstruosa, el saldo de muertes y desapariciones inéditas en la historia del país, y la derrota militar en el Atlántico Sur serían elementos constitutivos de la democracia reconstruida. Los socialismos no fueron ajenos a ese proceso de reconstrucción y tras el fin del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional (PRN) debieron reconfigurar sustancialmente sus estrategias, reordenar sus expectativas y concebir nuevas articulaciones interpartidarias.

Es objetivo de este trabajo es comenzar a explorar esas trayectorias de las fuerzas de la izquierda moderada a partir de la reconstrucción democrática iniciada en 1983, sus dificultades y desafíos. Para ello, delinearemos un somero panorama de la política argentina tras la dictadura y el complejo y disperso escenario de la izquierda y la centro-izquierda en ese contexto. En segundo lugar, analizaremos las principales características del PSD y el PSP en el período transicional, mostraremos aquellos rasgos que consideramos centrales para entender el proceso de democratización de cada uno de ellos. Posteriormente, pondremos de relieve los problemas de articulación entre estas fuerzas y otras expresiones políticas, en particular el alfonsinismo, y las dificultades para adecuar los programas a los nuevos escenarios políticos de competencia democrática. Finalmente, propondremos algunas líneas de análisis con respecto al desafío de la democratización política, que implicaba para los partidos una significativa adaptación organizacional y, de una manera más indefinida, de su cultura política.

<sup>4</sup> La inestabilidad política argentina imperante durante gran parte del siglo XX no se restringió a la recurrente intervención de los militares en la arena política, sino que además se vio reforzada por la tenue adhesión de los propios partidos políticos al régimen democrático tanto en el ejercicio del poder como desde la oposición. Véase Cavarozzi (2002).

## **El retorno democrático: esperanza e incertidumbre**

La literatura en torno a las transiciones a la democracia no solo fue copiosa a finales de los setenta y principios de los ochenta, sino que también ha merecido ya múltiples revisiones y críticas.<sup>5</sup> Este estado del arte no debe resultar óbice para seguir profundizando en alguno de los problemas subyacentes de ese complejo proceso -y por definición siempre inconcluso- de la democratización. Más aún en la especificidad de una transición a la democracia que fue resultante de una derrota militar en el frente externo y no el fruto de la movilización social o una salida pactada con el régimen (O'Donnell, Schmitter y Whitehead, 1991; Novaro y Palermo, 2003).

Los estudios sobre el tema señalan que los partidos políticos comenzaron a tener un papel de creciente protagonismo durante el gobierno autoritario, a raíz de la apertura propiciada por el presidente de facto Roberto Viola (Fontana, 1984). A pesar de la severa represión que se estaba ejerciendo desde el gobierno militar, los dirigentes partidarios habían podido desarrollar cierta participación pública aún antes de ese relajamiento del celo autoritario y de cualquier atisbo de normalización institucional (Yannuzzi, 1996). Esa participación, ya fuera en las instancias de diálogo propiciadas desde el Proceso (González Bombal, 1991) o mediante intervenciones en la prensa, articulaba de manera opaca a los partidos políticos -leales y opositores- con el gobierno autoritario (Quiroga, 2004:245). En ese marco, los partidos políticos no representaban una voz opositora clara contra el régimen: algunos alternaban una prudente moderación con alguna crítica focalizada, sobre todo en materia económica (Yannuzzi, 1996); otros, por el contrario, estaban embarcados en una decidida adhesión al régimen militar y su política. La apertura violista y la

<sup>5</sup> Entre los estudios clásicos véase O'Donnell, Schmitter y Whitehead (1991), Nun y Portantiero (1987), Cavarozzi y Garretón (1989), Fontana (1984), entre otros. Entre las revisiones críticas se destaca Lesgart (2003).

formación de la Multipartidaria alteraron ese escenario, aunque no en demasía (Suárez, 2013).<sup>6</sup>

La transición a la democracia tras la derrota de Malvinas inauguró un escenario de profunda incertidumbre (Iturralde y Suárez, 2010:15) por el cual los actores partidarios debieron revertir su estrategia frente al inminente desenlace del gobierno militar. El “partidismo de especulación” (Colombo y Palermo, 1985) predominante durante la dictadura se fue transformando durante la transición en una ofensiva fundada en una intensa retórica democrática y una vehemente reactivación de la actividad política. Ni aún aquellos partidos más involucrados con el devenir del PRN se atrevían ya a defender lo que quizá honestamente consideraban logros y méritos del gobierno militar, no tanto por los atroces crímenes que se habían cometido como por lo inocultable del fracaso bélico y el descalabro económico que aquejaba al país. En ese contexto de ebullición política, el radicalismo y el peronismo comenzaron a hegemonizar el espacio político y las páginas de la prensa, terciados por otras fuerzas, en especial sus socias en la Multipartidaria.

Las expectativas en torno al peronismo, reconocido como el esperable ganador de la futura contienda electoral, y la visibilidad pública de la interna radical encabezada por una remozada camada de dirigentes, escaso lugar dejaban a otras expresiones políticas en el debate público. Más allá de éstos, solo Oscar Alende, máximo referente del PI, y el expresidente Arturo Frondizi, líder del MID, gozaban de cierto reconocimiento en el marco de la transición. Por el contrario, los partidos socialistas, así como también las muy dispersas fuerzas de centro-derecha, encontraban serias dificultades para destacarse en ese contexto de reapertura democrática y despertar alguna adhesión en un electorado sumamente movilizado.

En los inicios de la década del ochenta la constelación de partidos socialistas mostraba una fragmentación inusitada. Por un lado, estaban el tradicional Partido Socialista Democrático y el relativamente novel Partido Socialista Popular, los únicos que obtuvieron la personería nacional en 1983 y participaron de las

<sup>6</sup> La Multipartidaria fue una coalición pentagonal conformada por la Unión Cívica Radical (UCR), el Partido Justicialista (PJ), el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), el Partido Intransigente (PI), y la Democracia Cristiana (DC).

elecciones. Por el otro, se encontraban el Partido Socialista Auténtico (PSA), el Partido Socialista Unificado (PSU), y la Confederación Socialista Argentina. Este último con cierta gravitación, dado que congregaba a viejos dirigentes de distintas fracciones socialistas reunidos en torno a la figura de Alicia Moreau. También existía un conjunto de socialismos provinciales que mantenían un funcionamiento relativamente autónomo de larga data, como por ejemplo el socialismo chaqueño.

Asimismo estas organizaciones debían competir electoralmente con otras expresiones políticas identificadas con la izquierda: el morenista Movimiento al Socialismo (MAS); el Frente de Izquierda Popular (FIP), liderado por Jorge Abelardo Ramos; el tradicional Partido Comunista (PC); y el Partido Intransigente que, si bien no provenía de la tradición socialista, era sin dudas la expresión de centro-izquierda que despertaba mayores adhesiones. Finalmente, el propio Raúl Alfonsín, entonces precandidato radical, exhibía un discurso con ciertas reminiscencias socialdemócratas, sin olvidar el incontrastable predominio peronista en el sindicalismo que operaba como un escollo visible para el éxito de cualquier propuesta de izquierda con vocación mayoritaria.

### **Partido Socialista Democrático: antiperonismo y liberalismo**

Como ya adelantamos, la oposición frente a la dictadura por parte de los partidos políticos había sido tenue y poco decidida. Esta afirmación debe ser al menos mitigada, evitando así un juicio apresurado desde el presente: se debe considerar, por un lado, el efecto disuasivo que provocaba el terror estatal y, por el otro, asumir que resultaba improbable concebir antes de la derrota en Malvinas un escenario transicional que no incluyera de una u otra manera a las Fuerzas Armadas. Quizá la excepción es el caso de los que Quiroga (2004) llamó partidos 'leales': fuertemente involucrados con el devenir del PRN, activos colaboradores de la conducción militar, y aportantes de funcionarios y asesores. En ese grupo se encontraban una diversidad de partidos políticos provinciales de raigambre liberal-conservadora y, lo que nos concierne específicamente, el Partido Socialista Democrático.

En ese sentido, los cargos ocupados por la dirigencia del socialismo democrático, como la embajada de Portugal -primero

por Américo Ghioldi y, luego, por Walter Constanza<sup>7</sup> y, finalizando el PRN, la intendencia de Mar del Plata -en manos de Luis Nuncio Fabrizio-, afectaron negativamente la imagen del partido tras el retorno democrático.<sup>8</sup> Sin embargo, el socialismo ya venía sufriendo un deterioro sostenido de su adhesión electoral, por lo que el impacto de su cercanía al PRN debe ser al menos atenuado, quizá con la excepción del caso de Mar del Plata.<sup>9</sup> Sin embargo, la transición a la democracia se constituyó en gran medida sobre un pacto de silencio (Novaro y Palermo, 2003) entre los actores sociales y políticos -con la clara excepción de las Fuerzas Armadas-, por lo que las acusaciones interpartidarias en torno a lo actuado durante el PRN fueron atípicas cuando no inexistentes.<sup>10</sup>

De todas maneras, el PSD permaneció articulado a un conjunto de partidos políticos difusamente caracterizados como de 'centro', en su mayoría fuerzas liberales y conservadoras con arraigo en el interior del país. El descalabro económico y el imparable espiral de violencia previos al golpe de 1976 constituyeron la escena que propició que estas agrupaciones políticas se vieran seducidas por la convincente retórica antipopulista y la propuesta de refundación del sistema democrático que enunciaba la conducción del PRN. De hecho, muchos de estos partidos no solo aportaron funcionarios y asesores al gobierno, sino que veían auspiciosamente algunas de las muchas

<sup>7</sup> Véase Selser, Gregorio, "Suspendida una fracción argentina por colaborar con militares", en:

<http://www.unla.edu.ar/greenstone/collect/archived/index/assoc/HASHffed/064b0df0.dir/doc.pdf>

<sup>8</sup> Luis Nuncio Fabrizio había sido electo en 1973 como intendente, y destituido por el golpe militar de 1976. Como señala el ex-concejal marplatense por el PSD Juan José Anastasia (entrevista con el autor, 10 de octubre de 2013), Fabrizio consideraba que el PRN le había restituido lo que le correspondía a él por legítimo derecho.

<sup>9</sup> En ese distrito donde el PSD gozaba de un sólido arraigo (Ferreya, 2011) pasó de ganar la intendencia en 1973 (33% de los votos) a obtener sólo dos concejales - Benítez y Junco- en 1983 (7,6% de los votos).

<sup>10</sup> La denuncia del pacto sindical-militar (Aboy Carlés, 2001) por parte de Raúl Alfonsín puede representar una excepcionalidad, en comparación con la prudente omisión de todo lo acontecido entre 1976 y 1983 reinante en las discusiones políticas de la época.



opciones de salida democrática pactada y coordinada con las Fuerzas Armadas (González Bombal, 1991). De esta manera se refería al respecto Américo Ghioldi en 1981: “Es que yo soy partidario de los objetivos del proceso, que es un programa para el día de hoy. Con lo que estoy en disidencia es con la organización del poder y con la falta de aptitud del proceso, que nos ha conducido a este desbarajuste económico y social” (en López Saavedra, 1984: 179).<sup>11</sup>

En ese sentido, el PSD se mantuvo fiel a sus aliados en tiempos autoritarios y rubricó un acuerdo con el Partido Demócrata Progresista liderado por Rafael Martínez Raymonda.<sup>12</sup> En su propuesta hacía una férrea defensa de las instituciones republicanas, principalmente el parlamento, al tiempo que bregaba por la erradicación de la demagogia y el personalismo. Ese programa no distaba mucho de algunas de las ideas vertidas desde el gobierno militar pero, paradójicamente, también cuadraban perfectamente con el nuevo espíritu democrático que cundía en la sociedad tras el fin del régimen autoritario. Asimismo, la amplitud coalicional del PSD no se acotaba a los demócratas progresistas, sino que se extendía a otras expresiones del campo conservador como el Frente Federalista Popular o Línea Popular.<sup>13</sup>

Estos acercamientos políticos del PSD no hacían más que reafirmar una tendencia que lo había consagrado como un partido de matriz liberal y decididamente antiperonista, con una exigua renovación y recambio dirigencial (Wellhofer, 1972).<sup>14</sup> Los dirigentes históricos Américo Ghioldi, Raúl Dellepiane, Walter

<sup>11</sup> Guillermo Torremare (entrevista con el autor, 6 de septiembre de 2013) señala que el PSD “[...] era un partido que había tenido su compromiso con la dictadura, de puro gorila, no de fascista, no de partido colaborador con el terrorismo de Estado. El antiperonismo lo llevó a ese lugar espantoso.”

<sup>12</sup> *Clarín*, 19/4/1983.

<sup>13</sup> *Clarín*, 18/5/1983.

<sup>14</sup> Como señala el ex-dirigente del PSD Guillermo Torremare (entrevista con el autor, 6 de septiembre de 2013): “Era una especie de partido liberal, en el cual el antiperonismo era un común denominador de todo y cada uno de los afiliados. Era un partido compuesto por gente absolutamente honesta. [...] El laicismo era uno de los valores que se transmitía, con preponderancia por encima de cualquier otro. [...] Era un partido antiperonista, fuertemente laico, haciendo de la decencia política uno de sus valores fundamentales.”

Constanza, Emilio Giannoni, Antonio Cocco, Héctor Bravo y Norberto La Porta, seguían hegemonizando el partido. Esto evidenciaba una organización sólidamente constituida, pero algo anquilosada, con una fuerte articulación con la Cooperativa “El Hogar Obrero”. Sin embargo, esta imagen de partido envejecido, decididamente rechazado y poco proclive a los cambios no deja observar algunos aspectos del funcionamiento interno del PSD que permiten al menos atenuar estos rasgos característicos.

Como primera medida, es preciso señalar que el Partido Socialista Democrático presentaba un programa político con ciertas características que lo hacían adecuado para la matriz liberal-republicana con la que se refundaría la democracia argentina bajo el liderazgo alfonsinista. Su impronta liberal concordaba bien con el nuevo despertar democrático, del mismo modo que el laicismo y el pluralismo que se destacaban en una propuesta de fuerte tono modernizante. Esto lo diferenciaba del nacionalismo antiimperialista que predominaba en los programas de otras fuerzas de la centro-izquierda como el PI o el PSP (De Ípola, 1988). La invocación a la participación y su enconada defensa del parlamentarismo también funcionaba como un subterfugio que lo diferenciaba, al menos discursivamente, del tradicional personalismo de la política argentina. Como señalara Juan Carlos Portantiero: “Había una lista [...] de una alianza Socialista-Demócrata Progresista, [...] el programa me pareció maravilloso. [...] El Partido Socialista de Ghioldi. Pero si vos la lees era una plataforma laica, liberal, democrática...” (Mocca, 2012: 103).

En segundo término, podríamos afirmar que el PSD tenía un funcionamiento interno relativamente democrático.<sup>15</sup> Este es un aspecto nodal para poder comprender la forma en que el socialismo democrático concretó un temprano proceso de revisión y reforma interna sin que esto desembocara en fracturas facciosas o en expulsiones masivas. Son varios los testimonios que reconocen que el PSD tenía una intensa vida interna, fundado en la participación directa de los afiliados y caracterizado por cierta beligerancia en las instancias deliberativas.<sup>16</sup> Esta forma de funcionamiento hizo

<sup>15</sup> Sobre la estructura organizativa del PSD, véase Verde Tello (1963).

<sup>16</sup> Esto aparece destacado en las entrevistas a los militantes del PSD Eduardo Bronzini (entrevista con el autor, 22 de abril de 2013), Juan José Anastasia

posible que, a pesar de la composición y las preferencias del grupo dirigente, las posiciones disidentes pudieran expresarse a través de los canales formales que establecía el partido y, con aún mayor trascendencia, obtener resultados favorables en las instancias orgánicas. Fue así que, a pesar de la resistencia de varios de los históricos referentes del PSD, un grupo de afiliados, referenciados en el dirigente de Luján Francisco Pasini, motorizó tempranamente una serie de reformas que serían de vital importancia para el devenir del partido en los años subsiguientes.

A través de esas modificaciones se buscaba reordenar la composición interna y, de manera subsidiaria, favorecer la renovación política. Entre las reformas principales que se lograron entonces se destacaban la modificación del sistema de elección de autoridades y la habilitación para formar líneas y corrientes internas. Estos cambios se lograron con relativa celeridad, aunque no exentos de conflictos y disputas, lo que reflejaba un buen funcionamiento de los mecanismos de democracia interna así como la aceptación de los resultados por parte de los sectores derrotados.<sup>17</sup> Esta reforma propició un rápido ascenso de los sectores disidentes y una progresiva renovación de los cuadros partidarios.

Ambas cuestiones señaladas ponen en evidencia algunos aspectos que atenúan un poco la visión un tanto simplista acerca del Partido Socialista Democrático en esta coyuntura. Esto muestra que, más allá de su papel opaco durante el PRN y la escasa renovación de su dirigencia, el PSD contaba con ciertos elementos embrionarios que facilitaron su adecuación a los nacientes tiempos democráticos.

(entrevista con el autor, 10 de octubre de 2013), Oscar González (entrevista con el autor, 23 de agosto de 2013) y Guillermo Torremare (entrevista con el autor, 6 de septiembre de 2013).

<sup>17</sup> Eduardo Bronzini (entrevista con el autor, 22 de abril de 2013) recuerda el fervoroso debate entre el dirigente marplatense Julio Benítez, a favor de las líneas internas, y el capitalino Norberto La Porta, en contra de la propuesta.

## **Partido Socialista Popular: nacionalismo y centralismo democrático**

El Partido Socialista Popular, agrupamiento fundado en 1972 por Víctor García Costa y Guillermo Estévez Boero, sobre la base de cuatro organizaciones de raíz reformista, se dio a conocer en un contexto de intensa movilización y radicalización política. El PSP combinaba desde sus orígenes una retórica antiimperialista con una práctica política que discurría por el carril de un reformismo de corte nacionalista.<sup>18</sup> Tempranamente el núcleo fundador mostró algunas fisuras que llevaron a la división entre dos secretarías generales en 1974 -una conducida por García Costa y otra por Estévez Boero-. Dicha ruptura llevó a un litigio judicial que duró casi una década, finalmente el sector de García Costa fundaría el Partido Socialista Auténtico en 1982 (Moreau de Justo, 1983).

Al margen de ello, el Partido Socialista Popular emergía a la democracia como un actor relativamente nuevo: había pasado poco más de una década desde su fundación, nunca se había presentado a elecciones y su conformación seguía siendo predominantemente de militantes de origen universitario. Su papel durante la dictadura había sido menos intrincado que su homónimo “democrático”. Había sufrido la suspensión de su actividad -como todos los partidos políticos-, pero la persecución y la represión sobre sus filas habían sido leve. Explicaba Inés Bertero:

Creo que salvamos nuestras vidas porque nuestra posición crítica frente a la lucha armada fue públicamente clara. Nosotros tuvimos serias confrontaciones en el ámbito universitario con los diversos sectores que sostenían esta posición nihilista reñida con nuestra realidad y con la vida.  
(en Dalla-Corte Caballero et ál., 2012:41)

En uno de los pocos trabajos, sino el único, en que hasta ahora se ha abordado el desenvolvimiento del PSP durante la dictadura militar, María de los Ángeles Yannuzzi señalaba que el socialismo

<sup>18</sup> La plataforma del PSP fue publicada en el N° 2 de la revista *Nueva Sociedad* en Octubre de 1972.

popular había construido un discurso partidario antipoliticista (1996: 382 y ss.). Según la autora, esto implicaba una negación de las cuestiones públicas y una renuencia a cuestionar la realidad autoritaria imperante. Yannuzzi señalaba que el discurso de Estévez Boero, líder y enunciador principal del PSP, rehuía a la crítica frontal al PRN y que, como contraparte, reflejaba un tono paternalista, moralista y puritano. El socialismo popular, lejos de ensayar críticas focalizadas a las políticas ejecutadas desde el PRN, prefería las observaciones genéricas, dirigidas a problemáticas de aparente impacto universal y que gozaban de cierta atemporalidad. Más que de opiniones coyunturales se trataba de análisis generales, imprecisos, que buscaban denunciar una crisis moral generalizada. Por otro lado, la autora destaca el rasgo duramente nacionalista y patriótico del discurso del PSP, que “[...] al menos *objetivamente*, afianzaba el mensaje que la dictadura volcaba en la sociedad” (Yannuzzi, 1996:410), más aún en coyunturas específicas como la guerra de Malvinas o el mundial de fútbol.

Las concluyentes observaciones de Yannuzzi merecen ser matizadas y puestas en cuestión a la luz del análisis histórico. En primer lugar, consideramos que la autora subestima el contexto autoritario en que se actuaba y se intervenía discursivamente. En ese sentido, creemos preciso reconocer que el peso del contexto represivo operaba como catalizador de múltiples mecanismos de censura y autocensura a la que los dirigentes partidarios se sometían. Porque, si bien el PSP no sufrió una persecución demasiado intensa por parte del PRN, la amenaza latente y la precaución lógica frente a ella hacía que los dirigentes adoptaran distintos mecanismos para, por un lado, mantener el funcionamiento de la organización y, por el otro, proteger a los militantes frente a la posibilidad de ser apresados por las Fuerzas Armadas.

En segundo lugar, consideramos apresurado sacar conclusiones tan categóricas de un simple análisis de documentación oficial, dado que mucha de la actividad de resistencia operaba de manera clandestina y subterránea y que, por ende, la evidencia empírica resulta difícil de hallar y, en el caso de existir, se encuentra dispersa y fragmentada. En el caso de Estévez Boero sabemos a partir de testimonios orales que desplegó una muy eficiente estrategia para la protección de militantes, al tiempo que propiciaba la discusión política interna a partir de manuscritos

que circulaban mediante transcripción y que posteriormente eran desechados.<sup>19</sup> Al mismo tiempo, el dirigente rosarino desplegó una intensa actividad en el exterior recomponiendo los lazos con la Internacional Socialista, de la que el PSP había sido expulsado a raíz de una acusación contra García Costa (Pedrosa, 2012).<sup>20</sup>

De todas maneras, el análisis crítico de Yannuzzi permite atenuar levemente la dicotomía entre partidos ‘leales’ y ‘opositores’, entre víctimas y cómplices, que se desprenden de algunos estudios sobre el proceso dictatorial. El Partido Socialista Popular, distinto que el PSD, había actuado con una prudente distancia del PRN, incluso Estévez Boero había sido un promotor del entendimiento entre los dirigentes de las fuerzas opositoras, a través de la organización de distintas reuniones y encuentros informales.<sup>21</sup> De hecho, siendo un partido minoritario y marginal, fue incluido en las rondas de diálogo de la Multipartidaria, lo cual implicaba al menos la consideración del resto de los actores político-partidarios más relevantes de la época. Sin embargo, su ideario nacionalista hizo que el PSP, como gran parte de la dirigencia de otros partidos, se encolumnara de manera decidida en apoyo a la decisión de los militares de invadir las Islas Malvinas. Si bien no hay que exagerar el impacto de tal decisión -que coincidía con el clima general de adhesión a la intervención militar-, está claro que este tipo de discurso nacionalista extremo contrastaba fuertemente con la retórica del principal protagonista de la escena transicional: Raúl Alfonsín. La rapidez de reflejos del dirigente radical para adoptar una posición crítica con respecto a la incursión bélica, que había nacido destinada al fracaso, y recrear un discurso liberal-republicano dejó en evidencia a otras agrupaciones cuya idiosincrasia le hacía más dificultoso hacer ese viraje, tal era el caso del PSP, pero también del PI e incluso del PJ. El editorial

<sup>19</sup> Entrevistas a los dirigentes del PSP Carlos Nivio (entrevista con el autor, 4 de abril de 2013), Gustavo Galland (entrevista con el autor, 21 de agosto de 2013) y Ricardo Cuccovillo (entrevista con el autor, 23 de octubre de 2013).

<sup>20</sup> Entrevista a Héctor Polino (entrevista con el autor, 15 de septiembre de 2012). Véase el documento “Suspendida una fracción argentina por colaborar con militares” firmada por Gregorio Selser en: <http://www.unla.edu.ar/greenstone/collect/archived/index/assoc/HASHffed/064b0df0.dir/doc.pdf>

<sup>21</sup> Entrevista a Carlos Nivio (entrevista con el autor, 4 de abril de 2013).

de *La Vanguardia Popular* titulada “Movilizar y participar” era concluyente en ese sentido, hacía un llamamiento a enlistarse para participar de la contienda bélica y ensalzaba como una oportunidad para aunar a todos los argentinos, decía Estévez:

Está claro entonces que en esta hora, sin cálculos mezquinos y miopes, los argentinos debemos unirnos fuertemente para alcanzar la victoria. [...] La primera victoria de los argentinos ya ha sido lograda, ella ha sido el haber demostrado al mundo que a pesar de todas las vejaciones y degradaciones, la Nación Argentina existe porque vive en el corazón de su pueblo.<sup>22</sup>

Más allá de su oposición al PRN, al PSP le resultaría difícil desandar el camino que lo había llevado a tal nivel de compromiso de la guerra de Malvinas, que, al funcionar como acicate entre el fin de la dictadura y la restitución de la democracia, representaba un hito sustantivo sobre el cual se fijaría la frontera de fundación del nuevo orden (Aboy Carlés, 2001). Asimismo, tras la derrota bélica el PSP formalizó su compromiso con el Partido Justicialista<sup>23</sup> proponiendo formar “[...] un frente nacional alrededor de su columna vertebral, el Movimiento Nacional Justicialista”.<sup>24</sup> Entre sus principales propuestas predominaba un llamamiento a la unidad nacional, con una prudente evaluación de las Fuerzas Armadas - “[...] son las vigas de la Nación [...]”-, aunque con una explícita demanda de esclarecimiento “[d]el problema de los desaparecidos sobre la base de la verdad y la

<sup>22</sup>Estévez Boero, G., “Movilizar y Participar”, en: *La Vanguardia Popular*[en línea], mayo de 1982, en:

[http://www.estevezboero.com.ar/index.php?option=com\\_content&view=article&id=231%3Amovilizar-y-participar&catid=22%3Aarchivo-la-vanguardia&Itemid=48](http://www.estevezboero.com.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=231%3Amovilizar-y-participar&catid=22%3Aarchivo-la-vanguardia&Itemid=48)

<sup>23</sup> Carlos Nivio (entrevista con el autor, 4 de abril de 2013) sostiene que el entendimiento con el justicialismo fue motorizado por Héctor Cavallero, y que Estévez Boero aceptó esta opinión en pos de preservar la unidad partidaria, a pesar de su fluida relación con Raúl Alfonsín.

<sup>24</sup>*Clarín*, 15/3/1983.

justicia”<sup>25</sup> Este apoyo del PSP al justicialismo lo vinculaba directamente con el blanco preferido de las diatribas alfonsinistas.

Al margen de ello, es preciso destacar la capacidad del PSP para obtener la personería nacional y presentar una fórmula presidencial propia en 1983, a pesar de ser una organización de corta vida. Este logro evidenciaba una sorprendente subsistencia del partido durante el gobierno dictatorial y una considerable capacidad para (re)mobilizar a sus militantes, así pudo obtener la nada desdeñable suma de 60.498 afiliados en todo el país.<sup>26</sup> Por otro lado, también el PSP había desarrollado una eficaz política de acercamiento con otras expresiones del espectro socialista, conformando una Mesa de Unidad Socialista con la Confederación Socialista Argentina y los socialismos de Chaco y Salta (Moreau de Justo, 1983:180).<sup>27</sup> Este tipo de vínculos le permitió estrechar lazos y reintegrarse dentro de la tradición socialista, con la que no tenía nítidos lazos doctrinarios ni ideológicos.<sup>28</sup> Estos primeros acercamientos demostraban la vocación bastante extendida de aunar el disperso y fragmentario universo de los partidos socialistas, al tiempo que evidenciaba las enormes dificultades para alcanzar tal objetivo.

En contraste con ello el PSP mostraba algunos rasgos de clausura organizacional -‘sectarismo’- y un ordenamiento interno

<sup>25</sup> *Clarín*, 22/3/1983.

<sup>26</sup> *Clarín*, 18/5/1983.

<sup>27</sup> Estévez Boero, G., “Afianzar la Unidad Socialista”, en: *La Vanguardia Popular*, [en línea], abril de:

1983, en: [http://www.estevezboero.com.ar/index.php?option=com\\_content&view=article&id=240%3Aafianzar-la-unidad-socialista&catid=22%3Aarchivo-la-vanguardia&Itemid=48](http://www.estevezboero.com.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=240%3Aafianzar-la-unidad-socialista&catid=22%3Aarchivo-la-vanguardia&Itemid=48)

<sup>28</sup> Lucio Guberman señala que tanto los aspectos programáticos como la apelación a la tradición ética del socialismo daban al PSP “[...] un lugar legítimo en ese linaje” (2004:96). Si bien podemos acordar parcialmente en este punto, lo cierto es que la adhesión a la tradición socialista argentina era en los orígenes PSP al menos tenue, las referencias a los próceres partidarios eran exiguas en su profusa producción documental, y las propuestas podían ser asimiladas fácilmente a otras expresiones políticas diferentes. Sobre ello, Carlos Nivio (entrevista con el autor, 4 de abril de 2013) señaló que Alfredo Palacios era de las pocas figuras rescatadas por el PSP, pero que su impronta de díscolo y disidente no cuadraba demasiado bien con el énfasis que el socialismo popular daba a la militancia orgánica y su condena al internismo.



con un sesgo fuertemente verticalista. El socialismo popular sostenía desde su fundación una estructura sumamente rígida y cerrada, articulada sobre un criterio de organización celular y regida bajo la lógica del centralismo democrático.<sup>29</sup> Si bien este esquema de funcionamiento había demostrado ser muy eficaz para sostener la organización en tiempos autoritarios, se mostraba poco flexible para la incorporación de nuevos dirigentes provenientes de otros agrupamientos socialistas así como para la conformación de coaliciones más estables.<sup>30</sup> Esto hizo que algunos militantes provenientes o cercanos a la Confederación Socialista, a pesar de la mayor afinidad ideológica que mantenían con el PSP, terminaran desembarcando en el más abierto socialismo democrático, tal es el caso de Alfredo Bravo o Héctor Polino.<sup>31</sup>

Asimismo, era muy visible la centralidad de ciertos liderazgos personalistas, en especial el de Guillermo Estévez Boero (Guberman, 2004:42). Estévez no solamente ocupaba el rol de máxima autoridad del partido, sino que operaba como el principal responsable, cuando no exclusivo, de las decisiones partidarias, de sus líneas de acción y de sus posicionamientos ideológico-doctrinarios. Esto no debe obliterar, sin embargo, la considerable adhesión y la enorme legitimidad que el liderazgo de Estévez Boero despertaba entre los militantes. En ese sentido Eduardo Di

<sup>29</sup> Como señala Guberman (2004), el funcionamiento del PSP respondía de manera casi esquemática al modelo de centralismo democrático descrito por el teórico de los partidos políticos Maurice Duverger. El funcionamiento de una estructura de estas características se sustentaba en el supuesto de que la opinión y las demandas consensuadas por las bases contaban con canales efectivos para llegar a la conducción de la organización. Se esperaba que la cúpula tomara una decisión lo más representativa posible del sentimiento predominante en las bases. El centralismo democrático como sistema preveía que una vez que se tomaba una decisión ésta debía ser aceptada de manera rigurosa y llevada a la práctica bajo estricta supervisión, sin dejar lugar a las objeciones de consciencia o a cualquier disidencia *ex post*. La disciplina no solo aparecía como un valor sino que representaba una condición vital para el funcionamiento de la organización.

<sup>30</sup> En ese sentido, Héctor Cavallero señalaba: “A [muchos] compañeros del Partido Socialista Popular los fuimos moviendo de lugar con el objetivo de apartarlos de la militancia, esconderlos durante algún tiempo [...]. En síntesis, hicimos estos movimientos y sobrevivimos gracias al centralismo democrático” (en Dalla-Corte Caballero et ál., 2012:68).

<sup>31</sup> Entrevistas a Héctor Polino (entrevista con el autor, 11 de julio de 2013) y Oscar González (entrevista con el autor, 23 de agosto de 2013).

Pollina reconoce: “Siempre digo que Guillermo Estévez Boero fue el gran responsable de esta organización política; de la organización y del contenido ideológico de nuestro partido. [...]” (en Dalla-Corte Caballero, 2012:93-94).

La combinación entre un rígido esquema centralista democrático y un fuerte liderazgo personalista configuraban una organización con algunos rasgos determinantes. Por un lado, el PSP se mostraba fuertemente condicionado por las opiniones y preferencias del referente principal y la cúpula dirigenal para tomar cualquier decisión política; y, como contraparte, esto redundaba en la inexistencia de instancias participativas de deliberación que limitaban ostensiblemente la posibilidad de cualquier intento de reforma ‘desde abajo’. Estos rasgos constitutivos hicieron que la adaptación del PSP a los nuevos tiempos democráticos fuera lenta y progresiva, tanto en la línea programática como en el funcionamiento orgánico. Sin embargo, esas mismas características permitieron que, una vez avanzadas las reformas y revisiones, el alineamiento de las bases fuera generalizado y sin grandes resistencias al cambio de rumbo.

### **La primavera alfonsinista o una socialdemocracia posible**

Hemos intentado presentar someramente el estado de situación del socialismo para 1983, al menos de dos de sus expresiones principales. En dicho recorrido nos ha quedado pendiente mencionar a la Confederación Socialista Argentina que, si bien no tenía existencia como partido, aglutinaba algunos dirigentes ligados a la historia socialista, en especial la veterana dirigente Alicia Moreau de Justo.<sup>32</sup> Se trataba de un grupo reducido y desarticulado, pero cuya gravitación se sustentaba en un conjunto de figuras renombradas y fuertemente referenciadas en la tradición socialista nacional. La figura de la viuda del fundador del PS resultaba un atractivo insoslayable para las otras agrupaciones

<sup>32</sup> La Confederación Socialista Argentina estaba conformada por Alicia Moreau, Héctor Polino, Ramón Soria, Alejandro Rofman, Roberto Cambell, Aníbal López Blanco, José Zajarevich, Guillermo Justo, José Armagno Cosentino, Alfredo Bravo, Alberto de Renzis, Emilio J. Corbière, Oscar Palmeiro, Manuel Outeiriño y Luis Jiménez, entre otros (Moreau de Justo, 1983:180).

necesitadas de credenciales socialistas, por lo que en torno a este núcleo de dirigentes empezaron a tejerse los primeros ensayos de reunificación socialista. Sin embargo, pronto también se evidenciaron el tipo de dificultades que esta empresa tendría, ya que se trataba de agrupaciones políticas poco propensas a los acuerdos coalicionales y surgidas como resultado de largos procesos de disputas intestinas, rupturas y escisiones. La búsqueda de la mentada “unidad socialista” parecía más una carta de intención que algo posible de realizarse en el escenario de dispersión imperante en 1983.

Tal era la fragmentación que ni siquiera hubo coincidencias al momento de decidir los apoyos electorales en las elecciones de octubre de ese año: el PSP se inclinó, como ya dijimos, a favor de la fórmula del Partido Justicialista; el PSD, por su parte, terminó adhiriendo a la nómina del radicalismo conformada por Alfonsín y Martínez; y, por último, la Confederación prefirió inclinarse por la dupla Alende-Viale que llevaba el Partido Intransigente.<sup>33</sup> Esta tendencia centrípeta se comenzó a revertir progresivamente a raíz de los consensos generales en torno a la defensa y promoción de la democracia. Por otro lado, el perfil que adoptó de Raúl Alfonsín a inicios de su gobierno operó como un foco de atracción para distintos sectores de la izquierda y el socialismo, tanto intelectuales (Elizalde, 2009) como políticos.<sup>34</sup>

El dirigente radical adhirió tempranamente al ideario socialdemócrata (Di Tella, 1989), aprovechando el prestigio creciente que rodeaba a la Internacional Socialista (IS) y al apoyo brindado por su dirigencia (Pedrosa, 2012). Asimismo se rodeó progresivamente de intelectuales y académicos provenientes de

<sup>33</sup> La elección presidencial se dirimía mediante un sistema indirecto mediante colegio electoral, por lo que, generalmente, los partidos menores solían sostener una candidatura alternativa además de la de su propio candidato.

<sup>34</sup> “[...] el socialismo defiende firmemente la convivencia democrática, porque cree en la capacidad de los trabajadores y la juventud argentina y porque cree en la participación popular como palanca de cambio [...]” sostenía, por ejemplo, Estévez Boero en 1986 (“Defender la convivencia democrática”, en: *La Vanguardia Popular* [en línea], junio de 1986, en: [http://www.estevezboero.com.ar/index.php?option=com\\_content&view=article&id=259%3Adefender-la-convivencia-democratica&catid=22%3AArchivo-la-vanguardia&Itemid=48](http://www.estevezboero.com.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=259%3Adefender-la-convivencia-democratica&catid=22%3AArchivo-la-vanguardia&Itemid=48) ).

distintos sectores de la izquierda, entre los que se destacaban Dante Caputo, Juan Carlos Portantiero y Emilio De Ípola. Por otro lado, integró a su gobierno a figuras directamente ligadas al socialismo partidario: creó y ofreció a Héctor Polino la Secretaría de Acción Cooperativa, y nombró al dirigente gremial y miembro de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos (APDH) Alfredo Bravo en la Subsecretaría de Educación, ambos participantes de la Confederación.

Por otro lado, Alfonsín convocó en 1985 a Estévez Boero a formar parte del Consejo para la Consolidación de la Democracia presidido por el filósofo y jurista Carlos Santiago Nino, y compuesto por diversas personalidades de la política y la cultura, desde Enrique Nosiglia hasta María Elena Walsh. El también socialista Simón Lázara, principal dirigente del minúsculo y efímero Partido Socialista Unificado, se acercó decididamente al radicalismo alfonsinista y terminó siendo electo diputado nacional por esta fuerza en 1987. El vínculo de los distintos dirigentes socialistas con Alfonsín tenía más que ver con vínculos personales que con un entendimiento entre sus respectivos partidos; su militancia en la APDH y su participación en la IS explicaban alguno de esas relaciones extra-partidarias que el dirigente radical sabía muy bien capitalizar a su favor. Por otro lado, los socialistas intentaron aprovechar esa vinculación para ganar visibilidad pública y reposicionarse en el poblado y fragmentario espacio de la izquierda.

El interés que la propuesta de Raúl Alfonsín despertó sobre numerosos referentes del extenso campo del socialismo -muchos de los cuales habían recorrido un camino de revisión profunda de su militancia previa- permitió configurar un espectro de actores interesados en construir una propuesta de izquierda socialista, pero decididamente democrática y tendencialmente liberal. El posterior deterioro del gobierno radical, a raíz del fracaso de sus políticas económicas y, más aún, de su incapacidad de controlar las disidencias militares, con el corolario de la sanción de las leyes de punto final y obediencia debida, provocó el alejamiento progresivo de muchos de esos allegados. Sin embargo, la experiencia de intercambio en el marco del alfonsinismo propició ciertas condiciones para abrir una nueva etapa de recomposición de las relaciones entre los actores de la centro-izquierda de raíz socialista (Martínez Mazzola, 2009). Si bien esto es solo una conjetura, es

posible aventurar que, en la medida que el gobierno de Alfonsín fue perdiendo impulso, estos actores se dispusieron a coordinar entre sí de manera más recurrente y con una vocación más firme de cooperación.

De esta manera, en 1985 se conformaría por primera vez la Unidad Socialista entre el PSD, el PSP y la Confederación, inaugurando un período de sostenida concertación inter-partidaria que se prolongaría ininterrumpidamente hasta 1991. El entendimiento entre estos partidos con perfiles divergentes reabría la agenda común, ya planteada en 1981, de bregar por la unidad del socialismo y, en el mediano plazo, por la conformación de una única expresión partidaria. Asimismo, se estrecharon los contactos con la intelectualidad reunida en torno al Club de Cultura Socialista, al tiempo que se abrían nuevos canales de diálogo con otras expresiones partidarias de perfil progresista.<sup>35</sup> Todos estos acercamientos iban en consonancia con una profunda revisión de las ideas de la izquierda, que avanzaba hacia paradigmas más nítidamente democráticos, visiblemente liberales y vocacionalmente modernizantes.

### **Las múltiples aristas de la democratización**

A lo largo de este trabajo hemos procurado plantear algunos temas y problemas en torno al espacio socialista partidario en la Argentina durante el fin de la dictadura y la reconstrucción democrática. La polarización entre el radicalismo y el peronismo, así como la emergencia vigorosa del PI, parecían dejar poco lugar para el fragmentario universo del socialismo en las preferencias del electorado. La magra cosecha obtenida por el PSD y el PSP no solo contravenía las expectativas de sus dirigentes, por más modestas que éstas hubieran sido, sino que operaba como una señal de alerta con respecto a la propia supervivencia de estas expresiones

<sup>35</sup>El Club de Cultura Socialista fue un agrupamiento de intelectuales fundado en 1984 bajo los preceptos del socialismo democrático en el que participaron Juan Carlos Portantiero, Beatriz Sarlo, José María Aricó, Jorge Dotti, Emilio De Ípola, Hugo Vezzetti, entre otros. Véase Ponza (2013).

políticas.<sup>36</sup> Las interpretaciones pueden ser diversas para explicar dicho fracaso, pero estaba claro que sus estrategias, propuestas y candidatos habían sido inapropiadas en la nueva coyuntura e ignoradas de manera contundente por parte del electorado. Por diversos motivos el socialismo no supo adaptarse al nuevo contexto democrático, de alguna manera ninguna de sus expresiones partidarias había podido despojarse a tiempo de los lastres que traían de los tiempos autoritarios.

Pero, como vimos, estos remanentes del pasado eran menos evidentes y monolíticos de lo que se podría creer haciendo una lectura apresurada. El problema de la democratización no se acotaba a un simple cambio de régimen ni sus limitaciones se restringían al papel jugado durante el gobierno militar. Esta adaptación estaba cruzada por múltiples variables e involucraba cuestiones programáticas y aspectos organizativos, al tiempo que estaba condicionada por las novedades en la dinámica de la competencia electoral. Sobre esa base es que plantearé algunos puntos para pensar el problema de la democratización como un proceso complejo y con múltiples temporalidades, que cada uno de los actores políticos atravesó de manera diferente y con resultados desiguales. Esto puede pensarse como un lento e intrincado cambio en la cultura política, en que los actores involucrados mutaron sus estrategias al mismo tiempo que sus discursos y representaciones. No solo cambiaban las reglas del juego sino que también se alteraban las formas en que se desarrollaba la actividad política en un sentido extenso, aunque esto fuera en una dinámica cambiante de avances y retrocesos.

En primer lugar, la democratización estaba estrechamente ligada al respeto de los actores políticos por el sistema democrático *per se*, como '*only game in town*' (O'Donnell, 1997). En ese sentido, era importante para los partidos políticos recrear credenciales democráticas, ser actores confiables del sistema, ejercer una oposición leal (Linz, 1987). Los antecedentes del Partido Socialista Democrático no ayudaban en absoluto en ese

<sup>36</sup> El PSD obtuvo 47.736 votos (0,32%) para presidente y 121.889 (0,72%) para diputados nacionales, en alianza con el Partido Demócrata Progresista. Por su lado el PSP consiguió 21.177 votos (0,14%) en la categoría de Presidente y vice, y 35.631 (0,24%) en diputados nacionales.

sentido, no solo había tenido una relación sospechosamente estrecha con el PRN, sino que mostraba una larguísima historia de adhesión a gobiernos de dudosa legitimidad democrática. Por su parte el PSP, si bien no había estado comprometido con el PRN, había hecho una explícita promoción de la incursión bélica en el Atlántico Sur y exhibía una retórica nacionalista y antiimperialista que chocaba con la retórica republicana que exhibía Raúl Alfonsín. Su apoyo manifiesto a la fórmula del PJ tampoco contribuía demasiado en ese escenario, dado que el candidato radical había lanzado una campaña mediática muy eficaz que buscaba vincular al sindicalismo peronista con el gobierno militar saliente.

En segundo término, consideramos de vital importancia la dimensión institucional-partidaria, es decir la organización y las reglas de funcionamiento interno. Este era un condicionante directo que evidenciaría la capacidad de adaptación de los partidos políticos a los nuevos tiempos, ya sea a través de una reforma orgánica, una renovación de los elencos dirigentes, o bien por una rectificación programático-ideológica. En este sentido, hemos visto como el PSD, más directamente involucrado con el pasado autoritario, poseía una estructura de funcionamiento visiblemente más democrática, con una dinámica interna proclive a que las voces disidentes se expresaran e, incluso, propiciaran cambios sustantivos. Hemos visto que esto permitió en alguna medida al socialismo democrático despojarse rápidamente del pasado colaboracionista que lo estigmatizaba, con una expeditiva reforma de sus estatutos, un interesante recambio dirigencial y una incipiente renovación programática. El tránsito que llevó al PSD de ser el partido de pasado ominoso conducido por Américo Ghioldi a convertirse en el partido de los Derechos Humanos liderado por Alfredo Bravo se dio con relativa celeridad. Aunque es preciso no exagerar el impacto y repercusión que este viraje tuvo para la ciudadanía y el electorado. Por el contrario, el PSP contaba con una estructura que seguía replicando el formato del partido celular de inspiración leninista. Este tipo de organización, que había resultado muy funcional para sobrevivir al PRN e incluso para desarrollar una efectiva campaña de afiliación, se mostró poco apropiada para la adaptación a los tiempos democráticos. No solo por el escaso sentido que tenía sostener un esquema celular y cerrado de funcionamiento, sino también por las resistencias que

este tipo de estructura oponía a cualquier intento de reforma y rectificación que no proviniera desde la conducción.

El tercer punto, retomando un viejo artículo de Emilio De Ípola (1989), tiene que ver con la modernización de los programas y propuestas de los partidos. En tal sentido, De Ípola (1989: 94-95) planteaba que había una serie de aspectos que debía caracterizar a la izquierda moderna: realista y consciente de los cambios acontecidos en la economía mundial, afín los procedimientos democráticos, contraria a cualquier experiencia de la izquierda autoritaria, con un sentido pluralista de lo social y, por último, con una visión flexible de la relación entre Estado y sociedad. En ese sentido, consideraba que el Partido Socialista Popular -junto a, por ejemplo, el Partido Intransigente- formaba parte de una izquierda proto-moderna que, si bien se distinguía de la versión anacrónica, tenía: una concepción instrumental de la democracia, una matriz Estado-céntrica de la política -afecta al populismo-, y un programa económico nacionalista poco receptivo a los cambios del capitalismo mundial. Por el contrario, incluía al Partido Socialista Democrático, o al menos a sus sectores renovadores, dentro del espectro de la izquierda moderna: genuinamente reformista, pluralista y democrático, con una visión política enfocada en el fortalecimiento de la sociedad civil, partidario de una reforma estatal, y una concepción económica *aggiornada* y progresista, abierto a la iniciativa privada y a la economía de mercado (De Ípola, 1989: 98-104). Aunque podemos disentir con alguno de esos criterios, no deja de ser un buen ejercicio para evidenciar la capacidad de adaptación programática de los partidos socialistas. De esa manera se puede divisar cómo el partido más antiguo y aparentemente más tradicional mostró ser más efectivo para adaptarse a la nueva retórica democrática, recuperando algunos de sus valores históricos -como el liberalismo- en una nueva clave, incorporando algunos elementos novedosos como la defensa de los Derechos Humanos. En contraste, el PSP, más joven y en apariencia más moderno, arrastraba concepciones políticas poco conducentes en el reconstruido sistema democrático, sin hacer carne aún de la crisis profunda que vivía la izquierda a nivel mundial y de las rectificaciones doctrinarias que ya proliferaban en otras latitudes.

Por último, una cuestión que consideramos central del proceso de democratización tiene que ver con las formas de



interacción y cooperación de los partidos políticos en un sistema democrático con visos de estabilidad. La capacidad de conformar ámbitos estables de coordinación entre partidos fue una novedad en este contexto democrático. En ese sentido no parece nada desdeñable la vocación de Alfonsín por involucrar a los distintos dirigentes partidarios en iniciativas que propiciaban el diálogo interpartidario. Ese nuevo espíritu de convivencia democrática resultó un excelente caldo de cultivo para que las distintas expresiones del socialismo reformista comenzaran una nueva ronda de negociaciones que había quedado trunca tras esa promisoriosa Mesa Socialista de 1981. Esta nueva vocación coalicional reportó frutos electorales tempranamente tras la conformación de la Unidad Socialista, y esto evidenciaba una nueva forma de cooperación partidaria mediante la formación de alianzas. Sin embargo es preciso reconocer que estas experiencias mostraron claras limitaciones en la institucionalización y fijación de reglas comunes de funcionamiento, así como en la perdurabilidad en el tiempo, reflejo de una cultura coalicional relativamente afianzada pero de muy baja intensidad (Tcach, 2011).

### **Algunas palabras finales**

El socialismo argentino mostró desde sus orígenes un perfil decididamente democrático y reformista, sin embargo esta convicción doctrinaria se vio fuertemente condicionada por una dinámica política nacional dominada por populismos de distintos signos y la recurrente injerencia de los militares en la arena política. Asimismo, el PS originario sufrió una verdadera diáspora a lo largo de todo el siglo XX que dejó reducido al centenario partido a un puñado de pequeños agrupamientos dispersos cuando el tiempo democrático se reabrió en 1983. Entre esas organizaciones se destacaban el Partido Socialista Popular y el Partido Socialista Democrático que, sumados a algunos otros dirigentes, protagonizarían la historia reciente del socialismo en la Argentina.

A pesar de compartir un ideario reformista y democrático, la adaptación de los partidos socialistas a la democracia no fue ni sencilla ni lineal. Tras de sí arrastraban un itinerario político plagado de contradicciones y complejidades, que se potenciaba con una crisis de la izquierda a escala global y con un fracaso

estrepitoso en el primer turno electoral de la recompuesta democracia, lo que configuraba un panorama preocupante. La democratización aparecía como un horizonte mucho más polifacético que el mero respeto por las reglas democráticas. Se trataba de un proceso que implicaba un profundo cambio cultural tanto para la ciudadanía como para las organizaciones.

A lo largo de este trabajo hemos intentado reflejar algunas de las múltiples aristas que el proceso de democratización representó para los partidos socialistas, intentando ir más allá de la simple vinculación con el pasado autoritario o con experiencias no democráticas. Incluso más, intentamos mostrar que el proceso de democratización no se restringía ni a una simple aceptación de los procedimientos democráticos ni exclusivamente a una adecuación doctrinaria de la izquierda en ese mismo sentido. Por el contrario, intentamos trazar una compleja trama que integrada por diversas dimensiones: la revisión programática, una adaptación ideológica, una multiplicidad de reformas organizativas, la aceptación de ciertos principios de cooperación partidaria y el compromiso con una cultura democrática en consolidación. El socialismo argentino y la izquierda en general debieron iniciar este proceso desde la casi absoluta marginación electoral, intentando, al mismo tiempo que se reformaban, recobrar la aceptación de la ciudadanía y cierto espacio de representatividad. La democratización, en el sentido extenso que lo entendimos aquí, fue el vehículo fundamental para que el socialismo argentino se adaptara a los nuevos tiempos, pero, como bien sabemos, este fue y será siempre un camino inconcluso.